

El anverso del ladrillo representado en la lámina 2ª es la más hermosa antigüedad que yo conozco. Caminan dos sacerdotes acompañando al tapir sagrado. En los nombres de los días del calendario nahua están comprendidos todos los animales notables de nuestro territorio, menos el tapir ó danta. La causa es sencilla: ni en la región tlalpateca, ni en el señorío de Tollan, ni en el Anahuac, había tapires. Habíalos en la región del Sur, y allí, confundida la antigua religión zoolátrica con la nueva de los nahuas, se conservó de aquella al tapir por dios.

Lujosamente ajaezados marcha el tapir en el finísimo relieve que describimos; lujosos también son los trajes de los dos sacerdotes que lo conducen, quienes van á su lado con tanta majestad, como iban los hierofantes egipcios junto al buey Apis. La ornamentación y pormenores del dibujo son delicadísimos; hermosas las mitras de los sacerdotes, adornadas con grandes colgajos que semejan ser de oro; ricos sus collares, brazaletes y pulseras; parecen suntuosamente bordados sus vestidos; y llevan calzados los pies.

Todo revela un pueblo de civilización muy avanzada; y que conoció, no solamente las comodidades, sino también el lujo, y los más suntuosos esplendores del culto.

¿Qué deidad era el tapir? ¿Qué significaba? Sin duda lo dice la inscripción hierática del ladrillo; pero hasta ahora ha permanecido impenetrable la lectura de los jeroglíficos maya-kichés. Sin embargo, al principio de ella, en la parte inferior, hay un signo bien conocido por sus dientes, el *cipactli*; luego el tapir se relaciona como deidad con el sol.

En las Constituciones diocesanas del Obispado de Chiappa, escritas por D. Fr. Francisco Núñez de la Vega, se refiere que Votan estuvo en Huehueta, y que allí puso dantas, y nombró señora con tapianes que las guardasen. Votan aparece en las tradiciones como uno de los primeros civilizadores de la raza; y así resulta antiquísimo el culto del tapir sagrado, y que lo cuidaban los sacerdotes tapianes, quienes tenían por jefe á una sacerdotisa.

En el Peten Itzá, también los mayas adoraban al tapir. Estaba como sentado en el suelo del templo sobre las ancas, encorvados los pies, y levantadas las manos. Era el ídolo principal de los itzaes, y lo llamaban *Tziminchac*, de *tzimin* tapir, y *chac* trueno es decir, tapir dios del trueno y del rayo, la deidad del fuego. Y he aquí la adoración del primer elemento, ligado por el signo *cipactli* al sol. Sol y fuego son el tapir, como; son el signo cronográfico *acatl* y su correspondiente *cipactli*.

El reverso del ladrillo amplifica la idea. El sol es el creador *Ometecuhli*, el *Tonacatecuhtli* que nos alimenta, como el fuego es el elemento que da la vida, la primera deidad *Huehuetotl*, el mismo sol de rostro amarillo, el *Ixcozauhqui*; y es al propio tiempo el dios *Mixcoatl*, la tromba con sus truenos y sus rayos. Los dioses creadores, lo mismo la tierra *Coatlícue* que el sol *Totec*, están representados con varias manos para expresar ese poder creador.

Pues bien, todas estas concepciones nahuas se ven en el reverso del ladrillo. A la derecha aparece una serie complicadísima de curvas rojas, que dijérase el caos, ó la *Citlalcueye*, la cauda de estrellas, la Vía-láctea, la nebulosa de donde salen los mundos. A la derecha se percibe el *Mixcoatl*, aunque muy borrado. Y en el centro está la figura simbólica del fuego creador, con muchas manos para crear, con el *tlachtli* del firmamento en la boca, y en él el *nahui ollin* de los cuatro movimientos del sol.

No puede haber mayor repetición y confirmación de una misma idea. Este ladrillo está dedicado al primer signo cronográfico, al astro sol y al elemento fuego.

La lámina 3ª nos presenta en su parte superior las dos caras de otro ladrillo cuadrado, y en la inferior dos ladrillos triangulares.

El anverso del primero está destruído en su parte principal; pero por lo que se distingue, parece ser un gran *tecpatl* adornado de plumas. Este signo cronográfico corresponde á la estrella de la tarde y al elemento aire, porque *Quetzalcoatl* es al mismo tiempo el dios del aire y el planeta vespertino. Lo repetimos: es el hermoso gemelo, ó más bien los hermosos gemelos: la estrella de la mañana y la estrella de la tarde, que son una misma estrella.

Confirma estas ideas el reverso pintado del ladrillo. En él hay dos culebras: la una ocupa la parte superior y el lado izquierdo, y la otra la parte inferior y el lado derecho. La primera es la culebra con plumas, que da el nombre *Quetzalcoatl*. La segunda es otra culebra de rostro humano y tocado de plumas, la cual se identifica por el signo *ocelotl* tigre, correspondiente del *tecpatl*.

Se confirma esto con el ladrillo triangular B. En su anverso está claramente representada la culebra con plumas *Quetzalcoatl*; pero aquí también tiene rostro humano, y además brazos, y con la mano izquierda empuña el signo *tecpatl*.

El ladrillo triangular C tiene esculpida la luna: ésta se distingue desde luego por el apéndice de la barba, el cual aquí es además de forma de media luna.

Sobre su tocado lleva el signo *mazatl* correspondiente de *calli*.

La lámina 4ª presenta otro ladrillo, grande pero de forma angular, el cual apoya la misma idea. Hay en su anverso una deidad lujosamente ornamentada. Desde luego se conoce que es la luna, por el apéndice de su barba. Ofrece un sacrificio á los dioses de la noche, como se la ve repetidas veces, aunque de manera más sencilla, en el código Borgiano. De su ofrenda salen varios signos del humo y uno de la lluvia, debajo de su brazo izquierdo está el signo *cuauhtli* y en su hombro el *quiahuil*, ambos correspondientes del cronográfico *calli*.

Por razón de la dualidad que ya cité antes, en el reverso vemos á la tierra; pero aquí se nos manifiesta cómo *Omecihuatl*, la mujer dos, con sus dos significaciones, la una de *Tonacacihuatl*, la diosa que nos alimenta como productora del maíz, y la otra de *Coatlícue*, deidad que en su seno encierra los cadáveres de los hombres.

La primera está adornada con gran mitra con plumas y el signo *cuetzpallin*, correspondiente de *calli*. Sus orejeras, como en todas las deidades astronómicas, son redondas. Expresa la vida con los signos de la palabra.

La segunda es la *Coatlícue*, con una calavera por cabeza. La semejante del Museo tiene las manos encallecidas, de tanto arrebatar hombres para enterrarlos en sus entrañas. Aquí su aspecto, aun siendo calavera, es feroz; y aprieta los dientes, como quien busca con ansia su presa.



En la lámina 5ª hay otro ladrillo angular. En el anverso hay también esculpida una deidad que hace una ofrenda; pero aquí es de flores y á otra hermosísima flor *xochitl*. Bastaría esto para conocer á la tierra; pero para mayor confirmación, lleva sobre su hombro el signo cronográfico *tochtli*, el cual es su símbolo como astro y como elemento.

Por ser *Coatlícue* madre de *Quetzalcoatl*, á éste está dedicado el reverso pintado. Se le ve en su acostumbrado traje de gran sacerdote, con hermosa mitra en la cabeza, con el conocido báculo en la mano izquierda, y con la bolsa de copal en la derecha, para los sahumeros sagrados. Tiene el cuerpo embijado. Lleva detrás un medio sol, porque según la teogonía nahua nació con esa figura, y por eso alumbra poco; y en el centro del medio sol tiene el signo *miquiztli*, correspondiente del cronográfico *tecpatl*.

Como se ve, estos ladrillos muestran hasta la evidencia, que en la región palemkana penetró el culto nahua, y que allí también fueron su base los cuatro signos cronográficos, representantes de los cuatro astros y de los cuatro elementos.

Unense á los ladrillos otras dos piezas muy curiosas, las cuales están reproducidas en las láminas 6ª y 7ª. Relieves son también, pero labrados en corteza de coco. Acostúmbranse todavía estos trabajos, y hay de ellos algunas piezas verdaderamente primorosas. En la lámina 6ª se ve un coco casi completo, labrado en toda su superficie exterior: diríase un vaso sagrado. El de la siguiente lámina está cortado á manera de pie, en cuya hoquedad central entraba y se sustentaba el anterior.

Fueron hallados estos cocos en Copoya de Chiapas, la antigua Acopoyan, pueblo que está sobre el cerro de Matomatza, que significa en zoque treinta estrellas, de *matomac* treinta y *tza* estrella.

Comenzaré la explicación por el pie, y después seguiré la del vaso. Cuatro hermosas franjas de diversos labrados, y más largas que el resto del pie, le sirven de sustentáculos. Esto y el corte inferior de los espacios intermedios, da á la pieza una forma verdaderamente elegante.

Los cuatro espacios intermedios tienen figuras de relieve, y están reproducidos exactamente en la lámina 7ª; pero equivocó su orden el litógrafo, y para encontrarlo es preciso observar la franja con que termina uno de los espacios, y ligarla con la igual principio de otra: y no puede haber equivocación, porque las cuatro franjas son diferentes entre sí.

Con este procedimiento, si comenzamos por la primera figura de la línea superior, deberemos continuar con la segunda de la inferior, en seguida con la primera de esa misma línea, y terminar con la segunda de la superior. En este orden, encontramos las siguientes figuras esculpidas en el coco.

En el primer espacio, el conocidísimo signo *acatl*; pero representado aquí de una manera puramente figurativa, con las mismas hojas de la caña. En el segundo el signo *tecpatl*, el cual sale de la culebra *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde: y nótese que ésta tiene aquí la misma figura con cara humana, del ladrillo triangular antes descrito. En el tercero el signo *calli*, con varios atributos referentes sin duda á la luna, entre ellos

los del agua y los del humo. Y en fin, en el cuarto el signo *tochtli*, acompañado de una inscripción jeroglífica que no comprendemos.

Se demuestra con esta curiosa pieza: primero, que en la región del Sur penetró el culto de los cuatro astros de los nahuas; segundo, que ahí también estaban representados por los cuatro signos cronográficos. Y como la pieza en que están labrados estos cuatro signos, forma el pie donde descansa el vaso sagrado, parece significarse con esto, que ahí también eran los símbolos cronográficos base principal de la religión, establecida sobre el culto de los cuatro astros y de los cuatro elementos: *acatl*, *tecpatl*, *calli* y *tochtli*.

Nuevos horizontes de la vieja teogonía nos abre el vaso sagrado. Los relieves del coco, y principalmente por estar éste colocado sobre el pie ya descrito, confirman el culto de los astros, su relación con las combinaciones del calendario, y su referencia á los elementos; pero aquí nos vamos á encontrar algo nuevo, y no visto en otros jeroglíficos: y para no incurrir en error, debemos proceder á un examen minucioso, autenticar los signos y símbolos ya conocidos, fijar con claridad los nuevos, buscar la relación de unos y otros, y llegar así á la comprensión de este precioso vaso, si es posible, pues en mi concepto encierra los más profundos misterios de las creencias nahua-kichés.

El vaso tiene como el pie cuatro espacios, divididos por líneas.

En la lámina están representados separadamente los cuatro espacios, como si contempláramos el coco por cada uno de ellos. Esto da cuatro vistas del vaso, las cuales ocupan los cuatro ángulos de la lámina. En el centro hay una quinta, que es la reproducción del fondo del vaso, el lugar de intersección de los cuatro espacios referidos.

Aquí también el litógrafo equivocó el orden, y para encontrarlo debemos buscar el que siguen los cuatro espacios, en su intersección en el fondo del vaso. Esto nos da el resultado siguiente: comienza á leerse por la figura del coco colocada en el ángulo inferior de la derecha; se sigue por la que está encima de ella; continúa en la que ocupa el ángulo izquierdo de la parte inferior, y termina en la que está sobre ésta.

El Sr. Orozco y Berra creyó encontrar la *Trimurti* en un ídolo de Palemke. Otro del mismo lugar hay en el gran salón del Museo, y sus tres caras superpuestas parecen representar la misma idea. Pero ninguna escultura ni pintura jeroglífica podría convencernos de ello tanto, como el relieve principal y mayor de este vaso sagrado. Preséntase desde luego á nuestra vista el grupo de las tres divinidades unidas por la espalda, como las de la trinidad de la India. Conocemos la dualidad de los dioses de nuestros antiguos pueblos: ¿acaso en el Sur tuvieron también la trinidad? ¿Será por fin un Buda el Votan de Chiapas, y dejaría en aquella comarca ese recuerdo de su religión? ¿Los chanes, cuya cuna oriental parece indudable, trajeron el culto de su origen, y cuando vencidos adoptaron el nahua, les quedó mezclado en éste, la trinidad como recuerdo?

Este grupo parece confirmarlo: hagamos de él un examen cuidadoso, y veamos si es exacto.

La deidad del centro está de frente, y de perfil las otras dos á ella unidas, una á la izquierda y la otra á la derecha. La primera, ó sea la de la izquierda, tiene rostro de hombre, y por tocado una gran mitra puntiaguda ornada de rayas paralelas: con la ma-